

Olga Cárdenas Trueba*

Mujeres de la Revolución en la obra del general Francisco L. Urquizo

Desde hace algunos años me he ocupado de revisar la historiografía relativa a la participación de las mujeres en la Revolución Mexicana. Pronto asumí la conclusión a la que desde 1961 llegó Ángeles Mendieta Alatorre, en el sentido de que los historiadores mexicanos habían dejado prácticamente de lado el tema de las mujeres en la Revolución.¹

Sin embargo, esta primera apreciación la he matizado al constatar que diversos escritores o historiadores que vivieron la etapa revolucionaria efectivamente se refirieron a algunas mujeres en artículos periodísticos y/o en algunas de sus obras. Tal fue el caso, entre otros, de Ricardo y Enrique Flores Magón, Teodoro Hernández y Manuel González W.,² así como del brillante escritor y general de la Revolución, Francisco Luis Urquizo Benavides.³

La obra del general Francisco L. Urquizo

Vasta y variada, la obra de Urquizo puede dividirse en diversas categorías: folletos y manuales de carácter militar, novelas de ficción, novelas históricas, crónicas de viajes, textos históricos y crónicas documentales, cuentos, narraciones cortas y una obra de teatro para radio.⁴ Sin embargo, algunos de sus libros se caracterizan por contener tanto cuentos cortos, anécdotas y narraciones históricas, como es el caso de *HDTUP (Hay de todo un poco)*, obra editada en 1935.

De 1913 a 1920, Urquizo realizó sus primeros escritos, consistentes en folletos y manuales técnicos, prácticos, organizativos e instructivos de carácter militar.⁵ Su carrera de escritor comenzó durante su exilio en España, con su obra *Europa central en 1922*, que contiene impre-

* Candidata a maestra en historiografía de México, UAM-Azcapotzalco y a doctora en economía política en la Universidad de París VIII, Saint-Denis.

¹ Ángeles Mendieta Alatorre, *La mujer en la Revolución Mexicana*, México, Biblioteca del INEHRM, 1961, p. 27; Juana Belén Gutiérrez de Mendoza (1875-1942). *Extraordinaria precursora de la Revolución Mexicana*, México, Impresores de Morelos, S.A., 1983, p. 10.

² La misma Mendieta consignó escritos de varios de estos autores. Cabe aclarar que el general Manuel González Willars modificó su nombre por el de Manuel W. González, con el que publicó sus obras.

³ En *Generales de la Revolución*, Miguel A. Sánchez Lamego ofrece una biografía detallada sobre Urquizo, México, INEHRM (Biblioteca del INEHRM, 81), primer tomo, 1980, pp. 177-186.

⁴ La obra de Urquizo ha sido analizada por varios investigadores. Tal es el caso de Fred N. Wimberly, autor de "Francisco Urquizo: la influencia de su carrera militar en sus obras", tesis para optar al grado de Master of Arts en la Escuela de Graduados de la Universidad de las Américas, México, 1964, y de la que se ofrecen algunas páginas en *Fui soldado de levita, de esos de caballería*, México, FCE, pp. 17-28, y de Mariano Mercado Estrada, técnico académico del Centro de Estudios sobre la Universidad (CESU), Archivo Histórico de la UNAM, autor de una "Bibliografía comentada de Francisco L. Urquizo" (trabajo inédito), así como del "Catálogo del material hemerográfico del Fondo Francisco L. Urquizo", presentado como tesis de licenciatura en historia, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, 1991. El fondo se localiza en el CESU.

⁵ Cf. Miguel A. Sánchez Lamego, *op. cit.*, p. 185. Mariano Mercado hace algunos comentarios sobre estos materiales, prácticamente desconocidos, *op. cit.*, pp. 1-6.



Fondo Casasola. Fototeca INAH.

siones de sus viajes por el viejo continente, publicada un año después.

Fue autor de dos novelas fantásticas: *Lo incognoscible* (1923) y *Mi tío Juan* (1934), así como de dos novelas históricas: *Tropa vieja* (1943), y *Fui soldado de levita, de esos de caballería* (1967).

Entre sus textos históricos y crónicas documentales se encuentran: *México-Tlaxcalantongo* (1932), publicada también con el título de *Asesinato de Carranza* (1959); *Recuerdo que...* (1934), que contiene innumerables anécdotas sobre la Revolución; *Don Venustiano Carranza, el hombre, el político, el caudillo* (1935); *Morelos, genio militar de la Independencia* (1945); *¡Viva Madero!*, biografía novelada (1954); *Páginas de la Revolución* (1956); *Un pedazo de historia de la Revolución (El general Federico Montes)* (1960); *La Ciudadela quedó atrás* (1965) y *Memorias de campaña* (1971).

Única en su género es "Al viento", *teatro de radio que fue realidad* (1953), obra conformada por diversas piezas dramáticas, elaboradas con el propósito de que fueran transmitidas a través de la radio, y que incluye varios relatos basados en hechos reales.

Entre sus obras de cuentos y narraciones cortas, podemos citar *Charlas de sobremesa* (1937), que apareció en 1949 con el título de *Ahora charlemos*.

También publicó: *De la vida militar mexicana* (1930), *El primer crimen* (1933), *Cuentos y leyendas* (1945), *El*

polvo del camino (1946), *Tres de diana* (1947), *El capitán Arnaud* (1954), *Charlas cuarteleras* (1955), *Madrid de los años veinte* (1961), *Breviario humorístico* (1963), *El desván* (1964), *Símbolos y números* (1965), *Aquellos años veinte* (1965), y *A un joven militar mexicano* (1967), además del prólogo y estudios preliminares a *Ocho mil kilómetros de campaña*, de Álvaro Obregón (1959), y dos conferencias: *Siete años con Carranza* (1959), y *Origen del Ejército Constitucionalista* (1964).

Las mujeres de la Revolución en la obra de Urquizo

En varios de sus libros históricos, el general Urquizo da cuenta de mujeres que tuvieron alguna actividad revolucionaria, hecho que, sin embargo, no ha sido destacado en la historiografía sobre las mujeres en la Revolución. Si bien Ángeles Mendieta presenta algunos datos acerca de María González que le proporcionó el propio Urquizo como información testimonial,⁶ no hace alusión a la obra del general, en la que no sólo se da cuenta de María González, sino de otras mujeres.

Es particularmente en *Recuerdo que...* (1934),⁷ conformado por los artículos que Urquizo publicó en *El Universal Ilustrado*; *La Ciudadela quedó atrás* (1965),⁸ y *Memorias de campaña* (1971),⁹ donde aparecen valiosas referencias acerca de diversas mujeres que desde sus diferentes trincheras tuvieron alguna actuación en la revolución maderista y constitucionalista en el norte del país e incluso en Estados Unidos.

El general describe de manera vívida, amena y en ocasiones pormenorizada a connotadas revolucionarias, información que en este ensayo trato de sistematizar, con varios objetivos: *i*) mostrar que ciertos autores que vivieron el periodo revolucionario sí hicieron alusión sobre el tema de las mujeres de la Revolución en algunas de sus obras; *ii*) plantear la conveniencia de rescatar de los textos históricos cualquier referencia relativa a la participación femenina en el periodo revolucionario, y *iii*) señalar la necesidad de proseguir con la investigación hemerográfica, de archivo y de historia oral que posibilite la elaboración de biografías más precisas sobre mujeres cuya

⁶ Ángeles Mendieta, *La mujer en...*, op. cit., p. 87.

⁷ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, edición facsimilar, México, INEHRM, 1985, 538 pp.

⁸ Francisco L. Urquizo, *La Ciudadela quedó atrás*, México, Costa-Amic Editor, 1965, 170 pp.

⁹ Francisco L. Urquizo, *Memorias de campaña*, primera edición, México, Colección Popular, 1971; primera edición en *Lecturas Mexicanas*, FCE/SEP, 1985, 157 pp.

actividad en la Revolución está poco documentada, así como rescatar del olvido a muchas más.

La información ofrecida por el general Urquiza la he dividido según la actividad desarrollada por diversas mujeres. Comenzaré por las que han sido consideradas como las más olvidadas y las más sufridas.

Las soldaderas

A diferencia de sus obras históricas, en las que las soldaderas aparecen relativamente poco, Urquiza escribió de manera pormenorizada acerca de estas mujeres en *Tropa vieja* (1931), novela que retrata la vida del cuartel desde los últimos años de la dictadura del general Porfirio Díaz hasta el golpe de Estado contra el gobierno del presidente Francisco I. Madero, en 1913.¹⁰ Considerada como una novela realista, histórica y picaresca, *Tropa vieja* es reflejo de la propia experiencia del general en la Revolución o de lo que escuchó de viva voz de otros revolucionarios.

Las soldaderas de las filas federales surgen muy pronto en la novela. Las hay de todo tipo: desde aquellas que decidieron seguir a sus *juanes* donde quiera que fueran y cumplían con la tarea de cuidar de ellos y de sus niños, hasta las que *rolaban* entre toda la tropa. En la obra se hace alusión a las soldaderas que: pasaban la noche en el cuartel, en compañía de sus hombres, junto con la tropa; daban a luz con la ayuda de otra soldadera; conseguían víveres y hasta bebida para los suyos, sirviéndose en ocasiones de sus criaturas para esconder en sus pañales las tripas de aguardiente o de mezcal o incluso manojos de marihuana; se informaban cotidianamente acerca de lo que sucedía fuera del cuartel y sobre la vida de jefes y oficiales; seguían a sus compañeros donde se les enviara, llevando algunas de ellas a sus niños; eran las primeras en llegar a ciertas poblaciones para surtirse de alimentos; daban recomendaciones a sus hombres cuando se alistaban para el ataque; corrían, regadas, después de una batalla, buscando a sus *juanes*; cuidaban a sus heridos, a quienes acompañaban cuando eran trasladados a algún hospital, caminando, como era la costumbre, junto con la tropa; proporcionaban marihuana a los que sufrían, gravemente heridos, para amortiguar su dolor; rezaban un rosario a los muertos; enterraban a sus hombres y a sus hijos; abandonaban a su *juan* para unirse con otro hombre; cambiaban de bando cuando se perdía en la guerra.¹¹

¹⁰ Francisco L. Urquiza, "Tropa vieja", en *La novela de la Revolución Mexicana*, tomo III, México, SEP/Aguilar Mexicana de Ediciones, S.A., primera edición, 1988, pp. 384, 388-393 y ss.

¹¹ *Ibidem*, pp. 397, 401 y ss.



Fondo Casasola. Fototeca INAH.

La vida cotidiana en el cuartel es mostrada en algunos pasajes, en los que Urquiza precisa no sólo la cantidad de veces durante el día en que las soldaderas podían entrar y salir del mismo, sino los momentos en que debían hacerlo, dependiendo del toque de corneta: al amanecer se daba toque de "Diana", que llamaba a que todos se levantaran y sacudieran sus cobijas. Posteriormente se tocaba "Lista", misma que pasaba el sargento a todos los soldados, y no era sino hasta el toque de "Media vuelta" cuando las soldaderas que habían pasado la noche con sus hombres debían salir hacia la calle. A las doce del día, hora en que el corneta tocaba "Rancho" y "Atención", las soldaderas volvían al cuartel, llevando consigo sus canastas, que les eran bien revisadas, en las que transportaban la comida que completaría los escasos alimentos proporcionados por el batallón a los soldados; poco después salían, con el toque de "Media vuelta". Finalmente, por la noche, entraban de nuevo, después del toque de "Atención"; algunas salían de la cuadra cuando el

corneta tocaba “Media vuelta”, pero la mayoría permanecía para pernoctar en compañía de sus hombres, y al toque de “Silencio”, se iban a descansar con ellos; entonces soldados y soldaderas, como “bultos plomos, se revolcaban por el suelo”.¹² Los domingos las soldaderas hacían compañía a la tropa vieja que salía franca, sin armas. Los soldados iban contentos, paseando por las calles, agarrados de las manos de sus *viejas* y curioseando todo.¹³

Tropa vieja muestra también otros aspectos de la vida en el cuartel: la minuciosa revisión a la que eran sometidas las soldaderas por sargentos y cabos, quienes con el pretexto de evitar que introdujeran bebidas alcohólicas o marihuana, aprovechaban la oportunidad para “manosearlas”; las mañas que se daban algunas de ellas para introducir bebida (en tripas como chorizos, entre sus corpiños o en las enaguas; como caldo en una olla o como café pintado de negro), y la yerba (entre las tortillas o el pan). Eran las *viejas* de los soldados de leva quienes en general pasaban mayores dificultades, puesto que sus juanes no podían salir del cuartel y, por lo tanto, solas debían de arreglárselas en el momento de dar a luz, cuando llevaban a sus niños a bautizar, etcétera.¹⁴

Sin embargo, las que sufrían más eran las que acompañaban a sus hombres cuando eran asignados para viajar en campaña, como lo describe Urquizo respecto a soldaderas de las fuerzas federales a raíz de la revolución maderista, en 1911. Las soldaderas debían alistarse para ponerse en camino, previniéndose con bastimento; viajaban, junto con sus hombres, en carros de segunda del ferrocarril, que semejabán una lata de sardinas por lo apretados que iban sus ocupantes, pero una lata en descomposición por lo mal que olía; algunas incluso se aventuraban a cargar con sus hijos; al llegar a alguna población, eran siempre las primeras en recorrer las casas para conseguir provisiones compradas y aun robadas, como gallinas o huevos.¹⁵

¹² *Ibidem*, pp. 392-393.

¹³ *Ibidem*, p. 394. En *Recuerdo que...*, cuando Urquizo formaba parte de la Guardia Presidencial de Madero, en la Ciudad de México, describe de manera muy similar a los soldados de los cuarteles que los domingos salían con sus *viejas*: “Los domingos veía pasar por las calles a las juanadas de los cuarteles. Iban por media calle como si fueran presos, custodiados por oficiales y por sargentos armados de sables y de pistolas. Iban contentos; casi siempre, cogidos de las manos de sus *viejas*, de sus compañeras de sufrimiento; comían cañas o naranjas y paseaban satisfechos”, *op. cit.*, p. 37.

¹⁴ “Tropa vieja”, en *op. cit.*, pp. 405, 408, 468.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 414-422.

En *Fui soldado de levita, de esos de caballería* (1967), su segunda novela histórica sobre la Revolución, las referencias acerca de las soldaderas son escasas, lo que resulta natural puesto que las tropas constitucionalistas no viajaban en campaña con estas mujeres, seguramente por disposición superior: al inicio de la obra, cuando se relata la entrada triunfal de Venustiano Carranza a la Ciudad de México, como consecuencia de la caída del gobierno huertista, el 20 de agosto de 1914, la tropa llega al cuartel. Es precisamente la vida de cuartel la que permitía la relación con las soldaderas: “*viejas* de procedencia federal ya acostumbradas a andar con la tropa”. Al narrar la evacuación de los carrancistas de la Ciudad de México, en octubre de 1914, aparecen algunas que no sólo logran informarse sobre el destino de los soldados, sino les dan alcance en Apizaco, Tlaxcala, dispuestas a seguirlos aunque fuese amontonadas en un furgón de carga o en el techo del ferrocarril, para proseguir en otro tren de carga hasta Córdoba, punto de destino.¹⁶

Son precisamente los trenes de la segunda etapa de la Revolución, donde viajaba un buen número de soldaderas, objeto de una aguda descripción por parte de Urquizo, en *Recuerdo que...* (1947). El general se refiere específicamente a los que salían de la Ciudad de México precisamente en octubre de 1914, durante la evacuación a la que hemos hecho referencia:

Ya no eran aquellos trenes militares del principio de la revolución, ocupados exclusivamente por combatientes, no; ahora viajaban en igual cantidad que los hombres las soldaderas y las queridas de los oficiales. Eran verdaderos pueblos instalados en los trenes: jaulas con pericos o guacamayas, pájaros, perros; tendedores de ropa lavada, cocinas humeantes y puestos con frutas.¹⁷

Vale la pena comparar a los protagonistas de *Tropa vieja* y *Fui soldado de levita...*, respecto a su relación con las soldaderas y a la forma en que se expresan de ellas. Mientras en *Tropa vieja* Celedonio Sifuentes valora a Juana, su segunda compañera, a quien compara con gran ventaja respecto de la *Chata* Micaela, en *Fui soldado de levita...*, Desidero González subraya la conveniencia de no llevar a estas mujeres en campaña: “Otra ventaja que teníamos era que no cargábamos con *viejas*. Agarrábamos por ay’ las que se podían, pero nada de andar car-

¹⁶ Francisco L. Urquizo, *Fui soldado de levita, de esos de caballería*, primera reimpresión, México, FCE (Letras Mexicanas, 84), 1995, pp. 32, 45-46.

¹⁷ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 263.



Fondo Casasola. Fototeca INAH.

gando con ellas”.¹⁸ Celedonio Sifuentes dependía de su *vieja* no sólo en materia de alimentación, sino de cuidados, al resultar herido en dos ocasiones, mientras Desidero González se desempeñaba bien como “ranchero” —tarea que le gustaba realizar, ya que además de guisar bien le salían sabrosas las gordas de harina—, librándose de realizar otras actividades como el servicio y la atención de los caballos, que implicaba darles agua, forraje y otras tareas que se describen en *Tropa vieja*: “limpiar al animal y a la montura; darle en todo el primer lugar al caballo... primero eran los animales, lo último las gentes”.¹⁹

En *Recuerdo que...* (1947) existen diversas referencias sobre las soldaderas. Sólo una de ellas es reproducida en *Páginas de la revolución* (1956). Se trata de un pasaje acerca de un grupo de soldaderas que acompañaba a sus heridos —federales huertistas—, después del combate de julio de 1913, en Candela, Coahuila, entre fuerzas constitucionalistas, de las que formaba parte el Batallón de Zapadores, organizado por el propio Urquizo, y federales comandados por José Alessio Robles.²⁰

¹⁸ Francisco L. Urquizo, *Fui soldado...*, p. 162.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 67-68, y “Tropa vieja”, p. 407.

²⁰ Francisco L. Urquizo, *Páginas de la Revolución*, México, INEHRM (Biblioteca del INEHRM), 1956, pp. 33-36.

A continuación transcribo el pasaje aludido, en el que se evidencia la entrega de estas mujeres hacia sus hombres hasta el momento en que morían:

En una inmundada cuadra del cuartel federal yacían, tirados en el suelo, quince o veinte hombres heridos recientemente en el combate; algunas soldaderas los acompañaban. En la misma habitación, a un lado de la tropa, en camas de lona de campaña, dos oficiales, heridos también, esperaban tranquilos lo que les deparara el destino. Nuestra gente llegó hasta la puerta.

Alguien gritó: —¡Háganse a un lado las viejas!

Como un rebaño de ovejas temerosas, las soldaderas se separaron de sus hombres heridos.

Se hizo un tiroteo y los heridos federales fueron muertos.²¹

Pocas veces se encuentra alguna imagen tan desgarradora, en la que figuran estas mujeres, como la transcripción que ofrece Urquizo de un escrito que le envió Ricardo Calderón. Se trata del relato de la explosión de un tren en las proximidades del Cañón de la Herradura, San

²¹ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 62, cita retomada por el autor en *Páginas de la Revolución*, México, INEHRM (Biblioteca del INEHRM, 3), 1956, p. 36.

HISTORIA

Luis Potosí, realizado por fuerzas al mando del general Alberto Carrera Torres, en el que se dirigían a Tampico algunas tropas huertistas con el fin de reforzar a la guarnición, durante el conflicto con tropas estadounidenses, en abril de 1914:

Avanzó el primer tren. Cuando habíamos perdido de vista el último furgón, oímos una terrible explosión dentro del cañón...

Aún no salíamos del asombro, cuando escuchamos una segunda explosión, más débil, pero esta vez a retaguardia de nosotros...

El General mandó desembarcar a toda la tropa de infantería de nuestro tren. Ordenó que se ocuparan las alturas del desfiladero a fin de poder auxiliar al tren volado...

Cuando llegué al fondo del enorme barranco, un espectáculo horrible se presentó a mis ojos:

La locomotora y los cinco o seis primeros furgones del tren estaban convertidos en un espantoso hacinamiento de escombros. Había numerosos cuerpos de hombres y mujeres mutilados, por doquiera. Algunas soldaderas y soldados de los que iban en los techos habían sido proyectados hasta las peñas de los acantilados y estaban ahí, destrozados, sangrantes, materialmente estampados contra las piedras. Muchos caballos también muertos y despanzurrados.

Pero no todos eran muertos. Se oían gritos de heridos pidiendo algo que no alcanzaba a entender: se oían lastimeros ayes que partían el corazón. Vi niños, muertos también: vi niños aún en el seno de la madre, muy enredados en el rebozo. Se oían llantos de criaturas, llantos de mujeres, quejidos de hombres, quejidos de caballos. [...]

Creí volverme loco y arranqué a correr. Al pasar por delante de los demás furgones del mismo tren, vi en sus interiores a las mujeres de los soldados que habían ido al combate y que aún estaban allá arriba, acurrucadas, llorando, algunas con llanto que más parecía hipo; otras, a grito pelado. Algunas tenían entre sus piernas la cabeza de su hombre herido; otras lloraban solas, habían quedado viudas. Vi niños y niñas correr solos de un lado a otro, llorando sin cesar, llamando ¡papá!, ¡mamá! Habían quedado huérfanos en pleno combate...²²

En *Asesinato de Carranza (México-Tlaxcalantongo)*, Urquiza relata el choque de otro tren, esta vez provocado por una máquina loca, en la Villa de Guadalupe, cuan-

do aún no concluía la evacuación de diversos trenes de la Ciudad de México, en los que viajaban militares y servidores del gobierno fieles a Carranza, el 7 de mayo de 1920, mismo que no sólo provocó la muerte de muchos soldados y soldaderas, sino también impidió la salida de otros convoyes que llevaban elementos de guerra indispensables para hacer frente al enemigo:

En San Juan Teotihuacán se detuvieron los trenes largo tiempo. Era media tarde.

Allí estaba el general Murguía con la columna de Heliodoro Pérez, ya embarcada en sus trenes y dispuesta a incorporarse a los convoyes como vanguardia. Allí nos dimos cuenta perfecta del desastre ocurrido a nuestra espalda.

El tren en que viajaba el 2º Regimiento de Infantería Supremos Poderes, mandado por el general Agapito Barranco, había salido de los patios de Buenavista detrás del que ocupaba el Colegio Militar. Al llegar a la Villa había sido alcanzado por una máquina loca lanzada desde México, quizás por los ferrocarrileros desleales. La locomotora chocó con el convoy de soldados, ocasionando una verdadera hecatombe. Más de doscientas personas, entre soldados y mujeres, habían perecido en el choque...²³

Las soldaderas fueron en no pocas ocasiones objeto de pleitos por parte de elementos del ejército durante la Revolución. En *Recuerdo que...*, Urquiza da cuenta del enfrentamiento que en octubre de 1913 se dio entre el capitán Arciniega y su asistente, Pioquinto, en un amplio bodegón de un rancho abandonado, rumbo a Nuevo León, donde la única mujer que iba en la columna era la del segundo de ellos. Aprovechando su condición de jefe, el capitán envió a su subordinado a cumplir con algunas tareas, mientras trataba de granjearse a la mujer, pero pronto aquél regresó y tras intentar matar a su superior, fue desarmado y hecho prisionero.²⁴

Amante de las anécdotas, vale la pena referirse a la que registra el general, ocurrida en Veracruz probablemente en 1915, respecto a una soldadera que reacciona con enojo al escuchar una conversación en la que se califica a las soldaderas como mujeres sufridas y abnegadas:

Uno de los civiles revolucionarios, elemento integrante del Gobierno provisional, hombre pensador y filósofo, se puso a comentar frente al Cuartel Morelos el

²² *Ibidem*, pp. 412-414.

²³ Francisco L. Urquiza, *Asesinato de Carranza*, México, Populibros "La Prensa", 1959, pp. 52-53.

²⁴ Francisco L. Urquiza, *Recuerdo que...*, pp. 111-112.

manido tópico de las soldaderas:

—Estas pobres mujeres, —decía a un amigo, al verlas salir siguiendo a sus “juanes” llevando sobre sus espaldas sus chamacos y sus “chivas”— son dignas de la glorificación; sufridas hembras fuertes que van hacia el peligro y sufren y callan. Abnegadas soldaderas, infelices heroínas desconocidas.

Una de ellas, indignada, le gritó a voz en cuello:

—Pero no te estamos pidiendo nada, roto hijo de la tiznada.²⁵

María González, maderista y constitucionalista radicada en San Antonio

Sobre María González, Urquizo rindió cuenta en *Recuerdo que...* (1947), y en *La Ciudadela quedó atrás* (1965).²⁶ Originaria de Monterrey, Nuevo León, donde nació en 1881, emigró durante su juventud a San Antonio, Texas, lugar en el que adquirió un hotel que alojó a muchos revolucionarios, incluyendo al propio Madero. Apoyó al movimiento maderista, proporcionando ayuda pecuniaria a simpatizantes que deseaban viajar en tren a México para alistarse en la lucha. Al triunfo de la revolución maderista volvió a Monterrey. Después de la Decena Trágica y del asesinato del presidente Madero, tuvo que salir de nuevo del país. Radicó primero en San Francisco y posteriormente volvió a San Antonio, donde adquirió una casa en la que recibió a los antihuertistas, incluyendo a prominentes políticos.²⁷

Urquizo dedicó varias páginas a esta mujer, en las que se evidencia su aprecio, respeto y admiración profundos hacia ella. La primera vez que Urquizo se alojó en su casa ocurrió después del golpe de Estado del general Victoriano Huerta, cuando viajó a San Antonio para entrevistarse con don Emilio Madero con el propósito de tomar parte en la nueva lucha revolucionaria. Fue precisamente don Emilio quien le recomendó buscar alojamiento en casa de doña María, y contactar allí mismo al coronel Luis G. Garfías, quien realizaba alguna comisión que le había encomendado Venustiano Carranza.²⁸

El general narra de manera pormenorizada su encuentro con María González, a la que describe con cierto detalle:

²⁵ *Ibidem*, p. 380.

²⁶ En *La Ciudadela quedó atrás*, Urquizo reproduce la información vertida en *Recuerdo que...*, y agrega dos párrafos más donde aparece este personaje.

²⁷ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, tomo V (Nuevo León), México, INEHRM, 1992, p. 133; Ángeles Mendieta Alatorre, *op. cit.*, pp. 86-87.

²⁸ Francisco L. Urquizo, *La Ciudadela quedó atrás*, p. 138.

Allá en San Antonio, Texas, en la calle Houston, una cuadra más adelante del Hospital de Santa Rosa, tenía su domicilio doña María González, furibunda maderista de pelo en pecho, capaz de hacer cualquier sacrificio que se le pidiera a favor del movimiento reivindicador naciente. [...] Rentaba cuartos amueblados y, si era preciso, proporcionaba también los alimentos a los huéspedes.

Doña María se ayudaba con la renta de los tres o cuatro cuartos [...] para sus gastos personales por demás modestos. Se decía que guardaba dinero que había adquirido explotando un hotel en la Plaza de Santa Rosa, cerca de la “Marqueta”.

Hembra brava, de pelo en pecho, robusta y decidida, era doña María González, sin duda alguna, de las mujeres más destacadas de la revolución; todo su anhelo, su interés, sus ahorros, su energía, estaban consagrados a la causa libertaria.

Sus huéspedes, iclaro es!, eran solamente personas afiliadas a la revolución. ¡Qué esperanza que algún enemigo en ideas pudiera alojarse ahí! Tan sólo maderistas vivían en su casa y los visitantes a la misma debían de ser también gente del mismo modo de pensar. A quien no podía pagarle, le cobraba un bajo precio y al que no podía hacerlo, le daba albergue y los alimentos gratuitamente, le prestaba dinero y le proporcionaba finalmente los cinco dólares que costaba el pasaje del ferrocarril de San Antonio a Eagle Pass, para que el candidato a revolucionario de acción se incorporara a las filas de don Venustiano...²⁹

La animadversión que experimentaba María González hacia los simpatizantes de Huerta —relatada por Urquizo con cierto detalle—, se centraba en particular en el cónsul de México en San Antonio, sus esbirros, policías y algunos mexico-texanos, entre los que figuraba el coronel y exsheriff Chapa, dueño de una botica en Comercio Street. Era precisamente a ese sitio adonde en ocasiones acudía doña María con el exclusivo fin de provocar e incluso propinar algún golpe al huertista elegido, habiendo tomado la precaución de ahorrar el dinero necesario para pagar la multa correspondiente.³⁰

María González no sólo albergaba y atendía a los revolucionarios que llegaban a su casa; también estaba al tanto de sus proyectos, como lo evidencia el consejo que le dio al propio Urquizo de no esperar más al coronel Garfías y continuar solo hacia Coahuila, mismo que

²⁹ *Ibidem*, pp. 139-140.

³⁰ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 51; *La Ciudadela quedó atrás*, p. 141.

Urquizo tomó en consideración, al abandonar San Antonio el 1° de abril de 1913 para sumarse al movimiento liderado por Venustiano Carranza.³¹

Después de la toma de Monterrey por fuerzas constitucionalistas, en octubre de ese año, Urquizo viajó nuevamente a San Antonio, con el fin de proseguir su camino hacia Nogales, Sonora, donde debía incorporarse con Carranza, a cuyo Estado Mayor pertenecía. Doña María lo recibió con enorme placer. Las puertas de su casa seguían abiertas exclusivamente a los revolucionarios, sin que hubiera concesión alguna:

Como a las dos horas de haber llegado, me dice doña María, con gesto agrio:

—Ahí te busca un...

—¿A mí? ¿Quién será?

—Paparelli.

—¡El Mayor Paparelli! Déjelo que pase, anduvo con nosotros antes.

—Sí, pero le gusta más aquí andar de parranda que allí en la campaña. Se vino cuando puede que hiciera más falta por allá. Casi es seguro que te viene a convidar para una paseada; no le hagas caso, le ha dado por juntarse con unas muchachas huertistas.

—¿Guapas?

—¡Pss!, pero son huertistas.

—Y eso ¿qué tiene que ver?

—Hombre, mucho, ¡pues no faltaba más!

—¡Pero, doña María, por Dios!

—No, no, a mí no me entra quien no sea de los nuestros completamente...³²

María Martínez, la mejor espía en el nordeste

María Martínez, “la niña de los velos”, la mejor espía en el nordeste, es uno de los personajes que no ha sido registrado por la historiografía de las mujeres en la Revolución. Sobre ella ignoramos sus orígenes y su incorporación a las actividades revolucionarias. Urquizo la describe como sigue:

María Martínez, “la niña de los velos”, como le decíamos a causa de la numerosa colección de velos de colores que tenía para cubrir su cabeza, era la mejor espía con que contaban nuestras fuerzas en el nordeste. Con una rapidez asombrosa, se trasladaba de Sabinas a Piedras Negras, —lugares dominados por nosotros—, a Monclova, Saltillo o Monterrey, bases de operacio-

nes de los federales. Su información siempre era precisa y eficaz; su adhesión a la causa era patente, demostrada por sus hechos y respaldada por aquella doña María González de San Antonio, Texas.

Una vez nos saludó en Sabinas a un grupo de Oficiales, cuando charlábamos con el Teniente Coronel Lauro M. Guerra, recientemente incorporado a nuestras filas procedente del ejército federal. María le reconoció en seguida.

—A usted le he visto yo entre las fuerzas de Maas.

—Allí he estado hasta hace poco, sí, señorita.

—¿Y cómo es que aquí no le han fusilado todavía.

Todos reímos, incluso el propio Guerra; pero ella hablaba en serio.

—No, si digo eso porque este señor no es revolucionario, ni ha pensado nunca en serlo. Ya el tiempo nos lo dirá más adelante.

Aquel Teniente Coronel Guerra, ya como General, acabó en manos de Villa; creo que él mismo lo mandó fusilar.

María Martínez también acabó mal; acabó casándose con un inspector de alcoholes.³³

Belén Robles, “la camarada”

Originaria de Ciudad Camargo, Chihuahua, Belén Robles ha sido poco consignada en los textos sobre las mujeres en la Revolución. En 1912 se sumó a la rebelión de Pascual Orozco, tomando parte en los combates de Rellano (24 de marzo) y Bachimba (3 y 4 de julio) contra fuerzas de la División del Norte, al mando del general Victoriano Huerta. Durante su militancia en el orozquismo alcanzó el grado de coronela.³⁴ Ángeles Mendieta sólo hace la siguiente referencia a propósito de ella: “El general [Manuel] González dice, bajo la fotografía de una mujer, estas breves pero significativas palabras: ‘Belén, la heroína del ataque a Monterrey en octubre de 1913.’”³⁵

En dos de sus libros, Urquizo ofrece información muy rica y vívida sobre este personaje, a quien sólo nombra como Belem. En *Recuerdo que...*, la describe así:

Era popularísima Belem entre las fuerzas del Noreste y su apellido no hace al caso. Pocos lo supieron y esto no tenía la menor importancia.

Siempre estaba montada en buen caballo y su indumen-

³³ *Ibidem*, p. 88.

³⁴ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana, tomo II, Las mujeres en la Revolución Mexicana. Biografías de mujeres revolucionarias*, p. 55. (BMC María, Barrón del Avellano, *Mujeres chihuahuenses*, Chihuahua, Centro Librero La Prensa, 1989, 222 pp.)

³⁵ Ángeles Mendieta, *Las mujeres...*, pp. 85-86.

³¹ *Ibidem*, pp. 149-150.

³² *Ibidem*, pp. 138-140.

HISTORIA

taria era mitad hombruna y mitad femenil: sombrero tejano, camisola, falda y polainas de cuero; en la cintura, buena pistola y bajo el arci3n, flamante 30-30.

En los combates andaba siempre tan adelante, como los m3s valientes. No conoc3a el miedo y su sola presencia avergonzaba a los mediocres o timoratos.

Era una morenucha vulgar y hab3a tenido l3os con cuatro o cinco.³⁶

Nuevamente Urquizo consigna a Bel3n durante el ataque a Monterrey efectuado por los constitucionalistas en octubre de 1913, durante el cual se le hab3a juntado una mujer llamada Julieta, que morir3a al finalizar el ataque. Pistola en mano, Bel3n montaba un caballo que hab3a avanzado.³⁷

En *Memorias de campa3a* (1971), es la protagonista de uno de los 17 relatos que conforman el libro, titulado "La camarada Belem", que evidencia el respeto de Urquizo hacia ella, como compa3era de armas, como militar.

El relato da cuenta del encuentro fortuito de ambos en el 3nico cine que hab3a en Torre3n, despu3s de la ca3da definitiva de esa plaza a manos de las fuerzas de Francisco Villa (abril de 1914). Bel3n, a quien rememora como la compa3era de las batallas en Monclova, Candela y Monterrey, continuaba bajo las 3rdenes del general Francisco Murgu3a.³⁸ Reci3n llegada de Monclova, ten3a como prop3sito salir a Chihuahua, con el fin de saber qu3 le hab3a quedado de familia all3. Urquizo la describe con detalle:

No era Belem locuaz, sino m3s bien parca en las palabras, pero tanto hab3a andado en la bola, que ten3a mucho que contar, si se le picaba y estaba de humor, como en aquella noche, vestida de "paisana".

Andaba de revolucionaria activa desde el orozquismo, y no hab3a parado. Particip3 en decenas de combates. Montaba muy bien al estilo femenino, pues nunca us3 indumentaria masculina a excepci3n del sombrero tejano, unas polainas y la pistola y las cartucheras en la cintura y en el pecho. Ten3a una serenidad y un valor a toda prueba y m3s historia y verg3enza que muchos hombres. Nunca tuvo grado militar ni disfrut3 de ning3n sueldo. Se bastaba a s3 misma; nunca fue carga para nadie. Ensilaba su caballo, le daba de comer, de beber.

³⁶ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, pp. 83-84.

³⁷ *Ibidem*, p. 123.

³⁸ Se trata de Francisco Murgu3a L3pez de Lara, originario de Zacatecas, quien combati3 en las revoluciones maderista y constitucionalista, y en noviembre de 1913 fue ascendido a general brigadier, despu3s de ocupar Montemorelos, Nuevo Le3n. Cf. *Diccionario hist3rico y biogr3fico de la Revoluci3n Mexicana*, tomo VII, M3xico, INEHRM, 1992.



Bel3n Robles, hero3na del ataque revolucionario a la ciudad de Monterrey, octubre de 1913.

Se acomodaba donde pod3a y se procuraba su alimento. Dura era para la fatiga; su cuerpo, delgado pero fuerte, resist3a las duras jornadas, las hambres, las lluvias, los calores del verano lo mismo que las duras nevadas del invierno.

No era alegre, no cantaba y poco re3a, pero tampoco era de temperamento triste. Era normal, norte3a pura; absolutamente normal y equilibrada. A su cuerpo le daba lo que le ped3a, sin abusar de nada. Hab3a tenido que ver con varios y cortaba sus relaciones cuando as3 lo cre3a prudente...

[...] Con los federales nunca anduvo. No era una soldadera; era una militante desinteresada. Absolutamente desinteresada. Ni grado militar, ni haberes, ni diplomas o medallas pidi3 nunca. Fue 3nica.³⁹

Durante su conversaci3n, que Urquizo reproduce en forma de di3logo, Bel3n se refiere a su actuaci3n posterior a los combates de Monterrey de octubre de 1913, en los que ambos hab3an coincidido. Junto con las tropas de Murgu3a, hab3a proseguido hacia el norte de Chihuahua, donde sufrieron varios reveses (en Monclova, Cuatro Ci3negas y Ocampo), hasta que la suerte les cambi3 en Allende

³⁹ *Ibidem*, pp. 133-134.

(25-26 de abril de 1914). Después entraron triunfantes a Piedras Negras, sin disparar un solo tiro, y posteriormente a Monclova, plaza que ya había sido evacuada.⁴⁰

Al referirse a su vida íntima, Belén muestra su afán por mantenerse como una mujer libre, sin ataduras:

—Soy la misma que tú has conocido. No he cambiado ni tengo por qué hacerlo. Me gusta la libertad. No tengo ni admito compromisos. No soy una mujer fácil ni liviana. Cuando el cuerpo me pide hombre, lo busco, me satisfago, y a otra cosa. Los enamoramientos me parecen ridículos. Casi soy como un hombre.⁴¹

Haciendo comentarios de ella, un oficial decía a otro:

—Anoche tuve mi aventurilla.
—¿Sí?
—Figúrate que me tropecé con Belem. Cenamos juntos en el hotel de los chinos. Tenía ganas de darle vuelo a la hilacha.
—Siempre tiene.
—Yo creía que anoche más. Me hizo pasar a su cuarto y nos acostamos; de allí vengo ahora.
—¿Y...?
—Yo no sé si será por el respeto que me infunde su valor o quién sabe por qué, pero el caso es que cuando estaba a su lado me parecía que el hombre era ella y que yo era la mujer.
—¡Chivarrias!⁴²

Después de recordar la ocasión en que se conocieron, en Monclova, Belén tomó la iniciativa para invitarlo a pasar la noche con ella. Urquizo le propondría permanecer entre ellos, a lo que ella se negó, argumentando que extrañaría a su gente; que los cambios no le agradaban.⁴³

Al final del relato, Urquizo hace referencia a una anécdota que años después contaría Virginia Fábregas a propósito de ella. A solicitud expresa del general Murguía, Fábregas había aceptado que actuara en una comedia moderna, pues Belén tenía enormes deseos de ser artista, actividad que le parecía muy sencilla. A pesar de hacer varios ensayos para actuar en un papel insignificante, Belén no pudo pronunciar las “ces” y las “zetas”; no pudo dejar su estilo fronterizo de hablar; sólo un día trabajó y se convenció de que no había nacido para actriz.⁴⁴

⁴⁰ *Ibidem*, pp. 135-137.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 138-139.

⁴² *Ibidem*, p. 84.

⁴³ *Ibidem*, pp. 139-140.

⁴⁴ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 84, y *Memorias de campaña*, p. 140. Su actuación en el teatro debió haber tenido lugar

Urquizo concluye señalando que de Belén ya no sabrían más; que el desierto norteño se la había tragado.

Julieta, la compañera de Belén

Al parecer la información que ofrece el general Urquizo sobre Julieta, “la güereja delgaducha” que participó al lado de Belén Robles en el ataque a Monterrey (octubre de 1913), es la única que existe sobre este personaje: “Una ‘güereja’ delgaducha, ‘alta nueva’, la seguía a todas partes animando a la gente.”⁴⁵

Al salir los combatientes de Monterrey, después de perder la plaza, debido en parte al abuso del alcohol, Urquizo la cita una vez más, cuando les gritaba encarnizadamente, para que volvieran y continuaran luchando:

El tiroteo nutrido de los federales había quedado a retaguardia nuestra. Eran otra vez dueños de la plaza que a punto estuvimos de tomar. La marcha era lenta, tranquila...

Una voz atiplada, colérica y desagradable, se oyó en la obscuridad a un lado del camino.

—No huyan, hijos de la tal; vuelvan para atrás a pelear. No son ustedes hombres. Deténganse, tales.

—La silueta accionaba levantando los brazos y trataba de detener con su caballo el paso de toda la gente en franca retirada.

—¿Quién es ese que habla?

—Es aquella flaquilla que anda con Belem.

—Cualquiera se detiene. Que se quede ella, si quiere. La gente siguió su camino y atrás quedó la amazona, vociferando.⁴⁶

Julieta quedaría muerta, colgada:

—¿Sabes quién está ahorita dando flancos, pendiente de una reata en el pescuezo?

—¿Quién?

—Aquella de anoche que a la fuerza quería que nos volviéramos para Monterrey; la que decía que no éramos hombres, que no corriéramos; la flacucha aquella, compañera de Belem.

—¡No me digas!

—Como suena. La acabamos de ver allí, atrás, colgada de un álamo. Se conoce que se quedó o la alcanzaron los rurales de Peña.

antes del 1° de noviembre de 1922, puesto que en esa fecha murió fusilado el general Murguía. Cf. *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, tomo VII, INEHRM, primera edición, 1992.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 123.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 127.

—Andaría jalada.
—Como todos. [...] ⁴⁷

La propia Belén Robles también recordaría a Julieta, aquella muchacha llena de entusiasmo que al rezagarse del grupo había sido capturada por los federales y colgada en un poste, y cuya actuación revolucionaria sólo duraría los tres días durante los que se había atacado a la plaza de Monterrey. ⁴⁸

La Güera Carrasco

Poco se ha escrito sobre Ramona Reyes viuda de Flores, conocida también como *La Tigresa*, *La Coronela* y *La Güera Carrasco*. ⁴⁹ Al parecer originaria de Piedras Negras, Coahuila, se sumó al movimiento maderista bajo las órdenes del general Ramón F. Iturbe, con el que participó en la toma de la plaza de Culiacán (mayo de 1911). Durante la revolución constitucionalista participó al mando del general Juan Carrasco.

En *Recuerdo que...*, Urquizo la menciona precisamente al lado del general Carrasco, después de la toma de Culiacán de noviembre de 1913:

Reinaba la alegría en Cuiliacán, alegría por el triunfo de las armas que se traducía en buen humor o en jerga. [...]

Juan Carrasco, el representativo del pueblo campesino del Sur de Sinaloa, montado en brioso caballo, caracoleando, recorría las calles de Culiacán, seguido de una banda de música de viento compuesta de cuatro o cinco individuos. Su caballo bailaba al son de las espuelas del jinete y, a las notas bullangueras de “La Valentina”, la Güera Carrasco, su compañera de andanzas bélicas y no bélicas, hacía otro tanto, por su lado. ⁵⁰

Godolphin, “el fantasma de Casa Mata”

Personaje extraño y muy controvertido fue Carmina L. viuda de Z., alias *Godolphin*, quien ha sido poco consignada por la historiografía de las mujeres en la Revolución.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 130.

⁴⁸ Francisco L. Urquizo, *Memorias de campaña*, p. 135.

⁴⁹ Consignada en algunas fuentes con el nombre de Ramona F. de Flores, en otras con el de Ramona R. Flores y en otras más con el de Ramona Flores de Carrasco, el nombre exacto de esta mujer está tomado de Bertha Ulloa, *Revolución Mexicana 1910-1920, Archivo Histórico Diplomático Mexicano, Guías para la Historia Diplomática de México*, núm. 3, ref. 1620, p. 384.

⁵⁰ Francisco L. Urquizo, *Recuerdo que...*, p. 163.

Propagandista del maderismo y ferviente constitucionalista, probablemente *Godolphin* fue en realidad alguno de sus apellidos, que sin embargo no concuerda con las siglas de su supuesto nombre. Se decía socialista y miembro de la Unión Mundial de Socialistas; había tomado parte en algunas manifestaciones de obreros en Veracruz. Asimismo se le consigna como enfermera, fundadora en ese estado de la Unión Fraternal de la Cruz, a finales de enero de 1915, para lo cual contó con el apoyo de Venustiano Carranza y de otros jefes constitucionalistas, así como de la Cruz Blanca Suriana en Guerrero, que sólo se ocupó de los heridos en campaña. Practicó la teosofía y el esoterismo. En una carta a Carranza, del 19 de mayo de ese año, el general Cándido Aguilar, comandante militar y gobernador de Veracruz, inculpaba a la “agente” *Godolphin* de inmiscuirse en asuntos exclusivos de su gobierno, al denigrar en sus comunicaciones a varios elementos bajo su mando. ⁵¹

Urquizo, que la denomina siempre como “Godolfín”, se refiere a ella como escritora y periodista, y la describe como sigue:

A engrosar la falange de intelectuales había llegado, quién sabe de dónde, un nuevo elemento más: la escritora y periodista conocida con el seudónimo de Godolfín. Era la señora Godolfín alta, delgadísima, más bien huesuda; de rostro anguloso y demacrado, con profundas ojeras obscurísimas que hacían como de marco fúnebre a los borrados ojos, agrandados atrozmente por gruesas gafas cóncavas; una capa de polvo blanco en vano trataba de estucar las líneas quebradas de su ajado cutis; cabellera corta y ensortijada cubría su cabeza, y ésta una boina bohemia de terciopelo negro, que nimbaba su cráneo como una aureola. Completaba su personalidad un negro traje de corte especial, raro y extravagante.

Godolfín, furibunda partidaria de “la causa”, escribía, discursaba, espiaba; creía ver enemigos en todas partes y su actividad incansable hacía de su existencia un bregar continuo, apasionado y tenaz.

⁵¹ Las únicas referencias que he encontrado a propósito de *Godolphin*, son las ofrecidas por Josefina Moguel Flores, en “Venustiano Carranza y las mujeres constitucionalistas”, ponencia presentada en un coloquio realizado en Saltillo, Coahuila, y publicada en *Avances historiográficos en el estudio de Venustiano Carranza*, Fondo Editorial Coahuilense/Instituto Estatal de Documentación, Saltillo, Coahuila, 1996, pp. 60-61, y en *Venustiano Carranza. Primer jefe y presidente*, Saltillo, Coahuila, Gobierno del estado de Coahuila/Condumex, pp. 45, 48 y 126. Ambos textos se basan en la correspondencia del fondo Venustiano Carranza, disponible en el Centro de Estudios de Historia de México, Condumex.

Godolfin era una nota acorde a la actividad inusitada de aquellos días.⁵²

La descripción de *Godolphin*, antecede a una anécdota de la que da cuenta el general Urquiza en *Recuerdo que... y Al viento...* (1953), y que tuvo lugar en 1915, en el puesto avanzado de Casa Mata, en el puerto de Veracruz, donde una noche de sábado cubrían su servicio algunos soldados novatos. Uno de ellos percibió una bola de lumbré rodando entre los médanos y sobre el agua, y otro más varias luces en el panteón. Algunos hablaron de brujas que se reunían los sábados, y cayeron en cuenta que ese día precisamente era sábado. De pronto, escucharon un suspiro hondo y quejumbroso y vieron a un espectro, envuelto en un sudario negro, con un rostro macabro. Los soldados y el sargento echaron a correr, presas del terror. Al día siguiente, *Godolphin* se presentó con Carranza, a quien aseguró que nunca llegaría a triunfar con los militares con los que contaba, puesto que la noche anterior se había presentado de improviso y los soldados habían huido; le preguntaba qué hubiese sucedido de llegar el enemigo. Más tarde, al comentar el hecho con alguno de sus acompañantes, Carranza aseguraba que de haberse aparecido *Godolphin*, posiblemente hasta él mismo hubiera huido.⁵³

Juana Gudiño, dueña del mejor prostíbulo de Sabinas y firme antihuertista

En Sabinas, Coahuila, existían dos lupanares: el de Juana Gudiño y el de Esteban, firmes opositores de Victoriano Huerta. A Juana Gudiño y a su “zumbido” dedica Urquiza un buen número de páginas:

Administraba su negocio con todo esmero y dedicación y había obtenido ya magníficos frutos de él. Contaba con no menos de veinte mujeres y su casa, especie de mesón, tenía habitaciones suficientes para todas las parejas ocasionales del momento.

Además de este negocio, Gudiño se dedicaba a la compra y engorda de ganado menor, en el que invertía todas sus ganancias, con el fin de mantenerlo como su único negocio durante su vejez.

Firme opositora al régimen de Huerta, en alguna ocasión tuvo serios problemas con los revolucionarios, a raíz del robo de sus cabras por el capitán Santos Dávila:

⁵² Francisco L. Urquiza, *Recuerdo que...*, p. 342.

⁵³ *Ibidem*, pp. 342-347; *Al viento*, pp. 109-115.

Tanto Juana Gudiño como Esteban y como el japonés de las cabras, habían dado desde el principio de la bola un firmísimo color revolucionario; odiaban a los de Huerta y estaban dispuestos a hacer cualquier sacrificio por los otros; no obstante, hubo una vez en que Juana Gudiño renegó de la revolución y a punto estuvo de pasarse con el enemigo: Santos Dávila [...] Capitán con mando de quince hombres montados, operaba por los minerales, cometiendo tropelías con gentes pacíficas, al amparo de la revolución. [...]

El Cuartel General me había ordenado que comisionara a Santos Dávila con su pequeña partida para que recogiera ganado de enemigos de la revolución, de connotados huertistas, para aprovisionar de carne a las tropas y para vender las pieles de los animales sacrificados y comprar armas o municiones.

Desplegó Santos una actividad asombrosa. A los cuantos días de haberle dado la comisión, se presentó en Sabinas conduciendo cerca de dos mil cabezas de ganado menor. [...] comenzaron a llegar las quejas. Ninguna de las cabras recogidas por él eran de enemigos; precisamente pertenecían a simpatizadores bien manifiestos del movimiento [...]

La primera en quejarse de él fue Juana Gudiño; no sólo reclamaba sus cabras, sino los desperfectos que estaba originando en su casa, rompiendo espejos a balazos, espantando a las mujeres, y, naturalmente, negándose a pagar un solo centavo.

Fue un trabajo largo y concienzudo separar los animales de cada uno de los afectados. Santos Dávila y su gente fueron aprehendidos y desarmados por los zapadores y, por orden del Cuartel General, Dávila, acusado de pillaje, fue sometido a consejo de guerra que lo sentenció a un año de prisión en Piedras Negras...⁵⁴

En agosto de 1913, durante el avance de tropas huertistas hacia el norte, Juana Gudiño se dirigió, junto con sus muchachas y sus cabras hacia Allende.⁵⁵

*Las mujeres violadas*⁵⁶

Urquiza muestra cómo en la Revolución no sólo “murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían, los que por su gusto fueron a buscar el arma libertaria y los

⁵⁴ *Ibidem*, p. 77.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 92.

⁵⁶ A pesar de tratarse de un tema que no tiene que ver con nuestro objetivo: las mujeres que tomaron parte en la Revolución, consideré de interés presentar alguna información vertida por Urquiza sobre el particular.

que enganchados por la leva fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra partes...⁵⁷

El tema de la violación sufrida por algunas mujeres aparece en las remembranzas de Urquizo. En algunos casos, como el que se transcribe a continuación, el violador fue fusilado, a pesar de pertenecer a las mismas fuerzas constitucionalistas:

No sólo se fusilaron federales en aquel sangriento regreso de Candela [Coahuila, julio de 1913]; también uno de los nuestros cayó en el camino, atravesado por balas constitucionalistas. Fue el Capitán Morales, ameritado Oficial de antecedentes honrosos y valor reconocido...

Entre las familias que abandonaron el pueblo de Candela, huyendo de los federales al amparo de nuestras fuerzas, iba una agraciada joven que llamó la atención, de seguro, al Capitán Morales, de las fuerzas de Murguía, quien cometió con ella repugnante atentado. La atribulada madre de la víctima fue a dar con su queja justamente al lugar en que estaba el Primer Jefe Carranza, quien, indignado, y como medida de orden y ejemplo de moralidad indispensable en el naciente ejército, ordenó el inmediato fusilamiento del culpable.⁵⁸

El temor que experimentaron algunos padres de que sus hijas fuesen objeto de ultraje por cualquiera de las facciones revolucionarias, los llevó, en algunas ocasiones, al extremo de enfrentarse a punta de balazos a los soldados. Así sucedió en un caserío cercano a la hacienda de San Patricio, Coahuila, donde las tropas constitucionalistas habían arribado en su camino hacia Nuevo León, en octubre de 1913.

...El enemigo, al parecer, se encuentra oculto y fortificado en una de las casas. Su fuego es pausado, pero absolutamente certero. [...]

Cesa el fuego de la casa y un trapo blanco, amarrado a un carrizo, aparece por un ventanuco entreabierto... La recia puerta de la casa se abre y aparece en ella, sostenido por una mujer humilde, un viejo enteco...

—¿Cuántos son ustedes?

—Nomás yo. [...]

—¿Es usted de los “amarillos”?

—Nunca he sido [...] Si usted de veras es jefe y puede imponerse a esta gente y dar garantías a mis hijas idé-

selas!; si no, entonces hagan lo que quieran. No crea que las mujeres de mi casa se van a dejar atropellar; primero me matan.

—Tendrán garantías.

—Bueno, pues ya está. Mándeme matar.

—Hay tiempo. Dígame, primero, por qué peleaba usted solo contra tantos.

—Porque yo estaba resuelto a que no les pasara a mis gentes lo que le pasó a mi compadre Garza, que más valía que los hubieran matado a todos y no los hubieran ultrajado como lo hicieron ustedes con esas mujeres.

—No fuimos nosotros.

—Pues serían otros...⁵⁹

La información vertida hasta aquí muestra la importancia de la obra de Urquizo respecto al tema de las mujeres de la Revolución. En sus textos existen referencias sobre varias mujeres más: dueñas de prostíbulos y prostitutas, novias, amantes y madres de algunos elementos del ejército, mujeres del pueblo y algunas actrices y bailarinas del Veracruz de 1915, como Prudencia Grifell, *Chole Álvarez*, y *Chole Pérez*, información que no se consigna aquí puesto que sale de los marcos de nuestro trabajo.

Teresa Benavides de Urquizo, madre del general, contribuyó para que su hijo prosiguiera en la lucha revolucionaria después de la Decena Trágica (febrero de 1913), al persuadirlo de no volver a Torreón, bajo el riesgo de ser aprehendido por las tropas de Benjamín Argumedo y Cheché Campos, dominantes en la región. Le aconsejó en cambio reunirse con Venustiano Carranza, ante la salida intempestiva de los Madero hacia San Antonio, Texas.

Bárbara H., viuda de Cotero, madre del general constitucionalista Justino Cotero, sufrió de una terrible experiencia al ser asaltado el tren donde viajaba con sus dos hijos. Francisco Villa, quien encabezó el asalto, decidió fusilar a los oficiales constitucionalistas, entre los que se encontraba Justino. Al presenciar el fusilamiento de su primogénito, doña Bárbara suplicó a Villa no matar a su hijo menor, argumentando que estaba alejado de la milicia. Le apeló: “Será el sostén de esta pobre vieja. De rodillas se lo pido... ¡Máteme un hijo no más!...”

⁵⁷ *Ibidem*, p. 57.

⁵⁸ *Ibidem*, p. 67.

⁵⁹ *Ibidem*, pp. 101-102.



Niños de primaria pública en Palacio Nacional (1935-1940). Fototeca INAH.